

La revolución democrática en E.P. Thompson: una forma radical de escribir historia.

The democratic revolution in E.P.Thompson: a radical way of writing History.

Miguel Ángel Sanz Loroño y Francisco Coma Vives
Universidad de Zaragoza

*“Liberty cannot be provided for in a general sense
If property be preserved”*

Thomas Ireton (Winstanley 1983:16-17)

*“And because I am happy and dance and sing,
They think they have done me no injury,
And are gone to praise God and His priest and king,
Who make up a heaven of our misery”*

William Blake (2002:71)

RESUMEN

Este artículo se ocupa de uno de los principales temas desarrollados por Thompson en *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, frecuentemente ignorado por la historiografía: el del fallido proyecto de revolución democrática en Inglaterra a finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX. El evocar nuevamente los proyectos populares que fueron aniquilados por el liberalismo, supone no sólo revalorizar esas luchas dentro de su propio contexto histórico. Constituye también un intento por poner en cuestión las teorías liberales de la modernización que minimizan el papel del conflicto social y de la clase trabajadora en la historia. Por otra parte, para entender el contenido de la obra de Thompson desde esta perspectiva, y siguiendo en buena medida a Walter Benjamin y a la teoría literaria marxista y postestructuralista, creemos imprescindible atender también a la forma en la que Thompson concebía la historia, así como a alguna de las exclusiones y contradicciones más evidentes que conformaron la producción y recepción de su obra.

PALABRAS CLAVE: Liberalismo, narrativa, teoría literaria, conflicto, William Blake, teorías de la modernización, lucha de clases.

ABSTRACT

This article deals with one of the foremost but frequently neglected issues raised by E.P. Thompson's *The Making of The English Working Class*: the abortion of a fully democratic revolution in late Eighteenth Century and early Nineteenth Century-England. Reconsidering the popular projects that were annihilated by liberalism means not only to reevaluate those popular fights in the framework of their historical context; it also implies a historical critique of the liberal theories of modernization, whose main result consists in a symbolic repression of class struggles and exploitation. In order to understand Thompson's work from this point of view, and building on the Marxist and poststructuralist literary theory, we need to closer look at his own theory of history as well as at his most fruitful contradictions. Thus, Thompson's work becomes an endless inspiration for understanding the history of capitalism and its alternatives.

KEYWORDS: Liberalism, narrative, literary theory, conflict, William Blake, modernization theories, class struggle.

1. A MODO DE INTRODUCCIÓN: LEER A THOMPSON HOY

*“El significado no se encuentra allí, en el proceso;
el significado está en cómo lo entendemos nosotros”*
E. P. Thompson (1989:298)

Cincuenta años después de su publicación, *La formación de la clase obrera en Inglaterra* (*La formación* en adelante) sigue siendo un libro fascinante. A pesar de su canonización como clásico de la historiografía contemporánea, su lectura aun puede excitar la imaginación y, como pedía Walter Benjamin, indignar al lector. El pinchazo moral experimentado al leer las injusticias infligidas a nuestros abuelos, apuntaba el escritor alemán, movería más a la acción que la visión de un futuro dorado para los nietos (Benjamin 1989:186; Eagleton 1998:126). Sin embargo, es dudoso pensar en una acción política que no tenga en cuenta ambas variables. 1968, el espectacular desafío que el Deseo lanzó contra la Autoridad, se saldó con una sonora carcajada del Poder (Guattari y Negri

2010:33-47; Rodríguez García 1997:329).¹ Thompson lo sabía perfectamente. Y por ello dedicó toda su vida a enfrentar el presente e historiar el pasado pensando que “it is posible for people to make something of themselves other than that which history has made of them” (Kaye y McClelland, 1990: 3). *La formación*, por tanto, no es solo una lista de agravios. Es mucho mucho más que eso.

Un libro no se hace clásico por sí mismo, sino porque una generación así lo ha decidido. Del mismo modo, puede llegar el momento en que pierda esa condición. Cuando las preguntas que una generación plantea a su acervo cultural en su relación con el mundo son respondidas con el silencio, es muy probable que esa tradición sufra un cambio de contenidos, que se modifique o, incluso, que se destruya (White 1970:180). Cuando tal cosa sucede, la permanencia de un clásico mudo solo puede deberse a la disciplina cultural y a la hegemonía ideológica.² De hecho, la constitución y el mantenimiento de un canon, como ha sugerido la crítica literaria poscolonial, no es una labor neutra ni automática. Es un proceso histórico vertebrado por la disciplina cultural y la exclusión de sujetos, puntos de vista, autores, o partes que pudieran resultar insoportables para los representantes de ese grupo social que elige a sus clásicos. La inclusión de Edward Thompson en el canon historiográfico no fue una excepción, ni tampoco estuvo exenta de una larga batalla ideológica (Palmer 1994:17-21).

Efectivamente, *La formación* se convirtió en un clásico al mismo tiempo que se purgaron sus aspectos más inasimilables. De otra manera no hubiese podido acceder a la categoría de clásico académico. La consolidación de Thompson como un autor de referencia académica fue también un enfrentamiento político de primer orden en el contexto de las décadas de 1960 y 1970. Posteriormente, la lectura de su obra no se mostró inmune a los efectos corrosivos de la ofensiva neoliberal de la década de 1980. En este periodo, en el que Thompson abandonó temporalmente la historiografía, o bien se diluyó su capacidad de magisterio etiquetándolo como un autor retirado y caduco, o bien se fabricó una lectura mucho más suave y contemporizadora de su obra. Y es que una cierta “nueva historia”, forjada en la década de 1980, se legitimó en la figura “culturalista” de

¹ Interpretar 1968 como el desafío que el Deseo –nueva conciencia y nueva forma de experiencia- supuso para la Autoridad de los llamados regímenes disciplinarios – Estados keynesianos- también ha sido señalado por Michael Hardt y Antonio Negri – obviamente- en *Imperio*.

² Lo que no quiere decir que esa misma elección no estuviese gobernada por la disciplina cultural y una concreta relación cultural y social de poder.

Thompson para desactivar todo aquello –conflicto, explotación capitalista, acción popular, alternativas democráticas al sendero de la modernización– que *La formación* parecía haber afirmado con especial contundencia. La apertura de un exitoso nicho académico en el mundo intelectual del nuevo orden mundial exigía, a modo de acto de contrición, una serie de represiones textuales que muchos historiadores no tuvieron problema en aceptar.

En este contexto, cuando las voces más intratables de *La formación* parecían haber enmudecido y sus críticos se aprestaban a despedir a un historiador verdaderamente incómodo, Thompson volvió a la carga con una contundente reafirmación de sus puntos de vista en su monumental *Costumbres en común* (Fontana 2001:253). Un libro de este estilo solo podía irritar a quienes habían aprovechado su ausencia del debate historiográfico para legitimar sus propias aventuras acomodaticias. Por suerte para éstas, la intervención atronadora de Thompson no arruinó la fiesta de la “modernización” liberal, celebrada con desatado furor desde, al menos, 1989. La gran narrativa marxista parecía haber pasado a mejor vida. Y el bicentenario de la Revolución Francesa así lo atestiguaba.

Ciertamente la clase obrera, como sujeto del gran relato marxista, había sufrido un retroceso importante en la política posterior a 1968. Una menos definida multitud, o el “inglés libre por nacimiento”, parecían desempeñar el papel protagonista en la obra de Thompson. No obstante, la fiereza de su estilo y la insoslayable visión de los brutales y contestados orígenes del capitalismo inglés no parecían mostrar un E. P. Thompson contrito. Salvo para aquellos que sí prosiguieron escribiendo sobre las voces irredentas que se oían en *La formación*, tales como Peter Linebaugh, este libro fue visto como un desagradable y extemporáneo recordatorio de que el “reino de la Bestia” no había desaparecido en 1989. Para Thompson, de hecho, nada parecía haber cambiado (Palmer 1994:175). Si bien carecía del musculoso y problemático esquema narrativo de *La formación*, *Costumbres en común* fue –y puede ser todavía– un libro escandaloso para toda aquella historiografía que se aprestó a enterrar la lucha de clases en la escombrera de una historia que caminaba hacia el fin de toda alternativa.

Sin embargo, como señaló Walter Benjamin, la historia tiene un documento de barbarie que constituye la reescritura última de cualquier documento de cultura (Benjamin 1989:182). Y el deber de un historiador, como en la cita del poema de Blake que encabeza nuestro artículo, es leerlo y mostrarlo. Como sugiere su libro sobre William Blake, Thompson siempre prefirió el ostracismo honesto al mercadeo político. No se arrepintió por su pasado de compañero de viaje del

“totalitarismo”. Los años del “nuevo orden mundial” y los beneficios universales del fin de la historia le parecían una otra versión más de la grosera intención de sustraer la *agency* a la multitud y celebrar la depredadora ideología de mercado (Ruiz Jiménez 2009:314-317). La misma insoportable condescendencia y soberbia del Poder que había venido denunciando desde el famoso Prefacio de *La formación* (Thompson 2012:30-31). Aislado como clásico y enajenado de unos estudios culturales y una historia cultural que en cierto modo él había contribuido a crear, se concentró en una de las figuras que más le habían influido: William Blake (Palmer 1994:173-185).

Witness Against the Beast es tanto un refugio político como el último intento de romper con un canon literario que él parecía entender como nefasto (Eley 2008:99-100). Al igual que John Milton, William Morris, o el propio Blake, Thompson se integró en una tradición de rebeldía personal innegociable. A falta de un sujeto capaz de articular el “marxismo muggletoniano” que profesaba, Thompson, encontró en esta tradición un contrapeso intelectual a la grosera brutalidad del neoliberalismo atlántico (Thompson 1993:XXV; Palmer 1994:180). A este respecto, Kant escribió algo con lo que esta tradición estaría de acuerdo: “No estate is so useless as that of man of learning in his natural innocence, and none so necessary in conditions of oppression by superstition or by force” (Goldmann 1971:11). Cuando ese terrible momento llegó para Thompson después del fin de la Guerra Fría, William Blake no fue solo un proyecto de canon alternativo en el que explorar las raíces “antinomistas” y “disidentes” del pensamiento poético inglés (Thompson 1989:318). Fue también el refugio honesto y rebelde en el que la obra de Thompson esperaba un nuevo contenido social que la electrificase de nuevo. Si tal contenido Thompson no lo pudo teorizar ni tampoco ha aparecido hasta ahora, eso no puede ser considerado un demérito achacable a la obra del historiador inglés³.

³ Efectivamente, incluso a la altura de 2006, José Luis Rodríguez García (2006) termina del mismo modo su, por otra parte, extraordinario libro. Tras más de cien páginas explorando las diferentes propuestas de sujeto lanzadas por diversos filósofos, llega a una conclusión que podría equivaler al encogimiento de hombros. Frente a esto, la obra conjunta de Peter Linebaugh y Marcus Rediker (2005) se presenta como la intermitente construcción de un proletariado universal que tanto Benjamin como Thompson creemos hubiesen aprobado. Muy en la línea de esa constelación revolucionaria que pedía Benjamin y de la que Terry Eagleton hizo una interpretación extraordinaria (Eagleton 1998:76-126). Sin embargo, no pretendemos con ello identificar a Benjamin con Thompson, sino sólo sugerir que pueden ser leídos uno contra –y a favor de– el otro por dos razones. En lo referente al contenido,

Ciertamente, nuestro propósito no apunta a la lectura contextual, sino a la reactivación de un tema reprimido por la recepción cultural de la obra *thompsoniana*. Hoy, nuestro presente ha dejado de tener esa espectacular pesadez inmóvil que Fredric Jameson le ha atribuido en numerosas ocasiones (Jameson 1998:20; Jameson 1991:52 y 101; Jameson 1994:70). A este motivo, y no a otro, debe atribuirse el éxito de la obra de Francis Fukuyama, que solo puede entenderse como el síntoma de una clausura política y el producto sublimado de una imaginación política derrotada. Pero la actual crisis de legitimidad política en la que el sur de Europa vive inmerso abre el presente de un modo similar a como esperaba Walter Benjamin. A la luz de este hecho, el fin de la historia de los veinte años precedentes no puede sino aparecer como el resultado de un bloqueo de la imaginación histórica y la victoria del capitalismo tardío (Jameson 1998:91). No tiene nada que ver con la fase final de la dialéctica entre amo y esclavo ni con la cumbre de la modernización occidental. Nada en la historia o en nuestro presente es natural ni es como tiene que ser. La condescendencia de la posteridad respecto del pasado también es terriblemente displicente con las alternativas de nuestro presente. La tarea a la que nos enfrentamos, por tanto, es aquella que nos devuelva nuestro presente como historia, es decir, que nos narre nuestro tiempo como un campo de batalla en el que el futuro aun no está definido. Este deseo y esta realidad son lo que convierte a La formación en un clásico vivo, en un libro intolerable para el presente neoliberal. Lo que esta magna obra nos proporciona, y al mismo tiempo nos demanda, es el extrañamiento de la historia, de su contenido y de su forma, y a su vez, la enajenación de nuestro presente como algo vivo, contingente y en juego:

What he (Geoffrey Hartman) envisages is a historiography capable of rendering the past mysterious once more, of distancing it from us so that we can come to it once more as a "reserve of forms"-forms which are usable because they are so different from our own modes

porque ambos fijan su mirada en un sujeto similar, en cuya constitución y sustancia ciertamente difieren –radicalmente el primer Thompson del último Benjamin. En lo referente a la forma, porque ambos pretendieron romper los moldes tradicionales o lineales de representación histórica. Sin embargo, sus similitudes no van mucho más allá. A pesar de las ricas ambigüedades de sus textos, Thompson no logró sobrepasar los límites de una ciertamente radical representación antinomista, muy lastrada, sin embargo, por las convenciones del realismo histórico. Así pues, mientras que Benjamin sí se planteó explícitamente el problema *formal* de la representación en toda su profundidad, Thompson permaneció, con toda la prudencia que podamos poner en esto, como un ortodoxo epistemológico.

of ordering experience in practical life. If the function of art is to populate a museum of forms, the function of history is to build walls around it in such a way as to transform it into a temple, not to the gods but to man's own creative capacities (White 1970:183).

Es por esta razón por la que tratamos de abrir nuestro presente a este pasado que Thompson nos propuso en *La formación*, y viceversa. Para ello, revisamos la estructura narrativa de *La formación* y la situamos en su combate con las historias que, creemos, Thompson hubiese considerado como narrativas de la Bestia. Y es que a la luz de nuestra actual crisis de legitimidad, la relación histórica entre la democracia y el liberalismo se presta a una revisión tan urgente como necesaria. La historiografía de los últimos veinte años, propia del campo cultural del fin de la historia, le ha otorgado una filiación genética a este binomio que a Thompson le hubiese parecido intolerable. Pues el principal legado de esta obra no creemos que sea la descripción de la cultura de la clase obrera sino, como apunta Eley, el haber devuelto a esta clase lo que fueron sus triunfos democráticos mediante un relato de resistencia y producción colectiva de alternativas “contra la violencia, la desigualdad y la explotación” del reino de la Bestia (Eley 2008:91). A esta revisión es a lo que hemos decidido consagrar el resto de nuestro artículo.

2. DEL ÁRBOL DE LA LIBERTAD AL ÁRBOL DE LOS AHORCADOS: EL AJUSTICIAMIENTO DE LA DEMOCRACIA INGLESA POR EL LEVIATÁN LIBERAL

“Estáis luchando contra los enemigos de la humanidad y no sólo para vosotros, que quizá no podáis ver el día de la libertad completa, sino para los niños que cuelgan de los pechos de sus madres”

Instrucciones de la Sociedad de Correspondencia de Londres a sus delegados exteriores, 1796
(Thompson 2012:37)

La formación refleja de un modo claro las dos facetas inseparables de su autor: el Thompson activista político y el Thompson historiador. Ambas se encuentran entrelazadas por la dialéctica entre hechos y procesos históricos, por un lado, y esperanzas y miedos, por el otro. La estrategia del autor es infalible: el mejor modo de valorar y comprender un proceso, consiste en sumergirse en él tras haberse desnudado de la “prepotencia del presente”, es decir, de la supuesta ventaja que nos daría el conocer el desenlace de la historia. Y una vez allí dentro

dejarse llevar, con cierta inocencia, por las esperanzas y miedos que en cada momento afectaban a los protagonistas. Así podemos entender no sólo lo que pasó, sino también lo que distintos sujetos pretendieron que pasara: los proyectos triunfantes, pero también los derrotados.

Quizás en parte por las tentaciones teleológicas que puede despertar el propio título de la obra, lo cierto es que entre los aspectos más tenidos en cuenta de *La formación* no se encuentra el tratamiento que Thompson hace de la revolución democrática inglesa. Y es que el historiador inglés analiza paralelamente, al menos, cuatro procesos: primeramente, el de la confección de un marco jurídico que, unido a los cambios económicos, se imbrica con la formación de una nueva clase social en Inglaterra. En segundo lugar, el de las tradiciones, luchas, y demás elementos que van configurando una conciencia de esta “clase obrera”. En tercer lugar, el de los intentos de distintos individuos y organizaciones por promover una revolución democrática. Y finalmente, el de los esfuerzos de las instituciones políticas y las elites económicas por contener estos empujes populares, principalmente –aunque no sólo- a través de nuevas leyes.

Los dos primeros de estos procesos son los más habitualmente tenidos en cuenta cuando se aborda el trabajo de Thompson. Se podría intentar dar como razón el que fueran los que más atención reciben por parte del autor, sin embargo, una detenida lectura de la obra no lo deja tan claro. Por eso, a lo largo de las próximas líneas nos proponemos la tarea de hacer una relectura de *La formación* actualizada y centrada principalmente en el tercer y cuarto proceso, que desde nuestra óptica serían tan fundamentales como los dos tradicionalmente resaltados por la historiografía.

La cita que hemos escogido para el comienzo de este apartado tiene un doble valor para nuestra explicación. Obviamente, por su propio significado dentro del contexto histórico en que fue escrita. Pero por encima de todo, por una cuestión en la que el lector posiblemente ya haya reparado: es la cita que abre el primero de los capítulos de *La formación*, es decir, las palabras que seleccionó el propio Thompson para dar comienzo al desarrollo de su obra. La frase entera es una declaración de intenciones, tanto de aquella organización revolucionaria democrática que fue la Sociedad de Correspondencia de Londres (SCL), como, bajo nuestro punto de vista, del propio Thompson. “*Estáis luchando*”, ahora, actualmente, hace referencia al carácter presente de toda lucha. “*Contra los enemigos de la humanidad*”, es decir, contra la “Bestia” de William Blake (Thompson 2012:37), encarnada en aquel momento de la historia por la alianza entre el capitalismo depredador y el liberalismo político que lo impulsaba y le

allanaba el camino. “*No sólo para vosotros*” hace referencia a dos cosas: que “*estáis luchando*” para alguien más, en este caso “*para los niños que cuelgan de los pechos de sus madres*”, es decir, los niños de entonces, y no los de 3, 4 ó 20 generaciones después. Pero también que “*estáis luchando*” para vosotros mismos, si bien “*quizá no podáis ver el día de la libertad completa*”, lo cual no significa otra cosa que lo que dice: quizá no lo podáis ver, o quizá sí. En cuanto a la “*libertad completa*” de aquellos demócratas ingleses tan a menudo olvidados por los historiadores, el propio Thompson se encargaría de resaltar en otros pasajes de su libro que la reapropiación de la tradición del “inglés libre por nacimiento”, realizada por estos movimientos a finales del XVIII, vendría a confirmar la incompatibilidad de dicha libertad con la excluyente, aristocrática -y no por ello menos “liberal”- Constitución inglesa (Thompson 2012:121).

En resumen, esta frase pone de relieve, por un lado, la existencia de unas organizaciones revolucionarias que luchan para transformar el mundo en el que viven. Además, el hecho de que utilicen el concepto de “*humanidad*” indica claramente que no están pensando sólo en su propio país. Por otra parte, al seleccionar Thompson estas palabras nos está indicando que las personas englobadas en estos movimientos no pueden ser tratadas como las víctimas necesariamente sacrificadas para el advenimiento de un futuro lejano mejor, sino como unos luchadores que por fuerza se centraron tan sólo en su propio presente (Thompson 2012:30-31), por más que inevitablemente apunten con su proyecto hacia el futuro. Por tanto, podemos decir que *La formación* comienza con un alegato contra las teorías de la modernización, que se renovará a lo largo de la obra. Esta cuestión, como hemos ya advertido, la desarrollaremos con mayor detenimiento en un posterior artículo.

A través de los cuatro procesos antes enunciados por los que discurre el libro, Thompson afronta también la pugna entre dos grandes proyectos en Inglaterra: el liberal y el democrático. Con orígenes durante la Revolución Inglesa iniciada en 1640, tal y como atestiguan las referencias en la obra a *levellers* como Rainborough (Thompson 2012:44) y a *diggers* como Winstanley (Thompson 2012:52), este enfrentamiento llegará a un punto culminante a lo largo de la década de 1790. A ella Thompson dedica un gran esfuerzo interpretativo, dejando bien claro que la agudización del conflicto durante estos años no puede explicarse simplemente como consecuencia de la Revolución Francesa de 1789, sino que se trataba de un proceso y de unas tradiciones de lucha que venían de mucho antes y que se habían ido reforzando a lo largo del siglo XVIII. Sin embargo, reconoce que los acontecimientos que prosiguieron a la toma de la Bastilla, y en particular el periodo jacobino, magnificaron tanto las esperanzas de

los defensores de la oposición democrática como los miedos del régimen liberal y sus partidarios. Esto se vio traducido en una escalada tanto de los progresos organizativos y las acciones subversivas de los revolucionarios ingleses, como sobre todo de la represión por parte del Estado.

Además de la convulsa década de 1790, el libro cronológicamente se ocupa también del periodo que va entre la promulgación de las *Combination Acts* (1799-1800), pasando por la revocación temporal de las mismas entre 1824 y 1825, y la reforma política de 1832. No es casualidad que la aprobación de estas leyes, destinadas a perseguir y reprimir el asociacionismo, marque un punto de inflexión en la obra. De hecho, todo el relato histórico que constituye *La formación* transcurre, además de a lo largo de los cuatro procesos, a través de la dinámica producida por el binomio organización-represión. La organización abarca desde el asociacionismo laboral hasta las conspiraciones revolucionarias, pasando por clubes y sociedades de naturaleza política. La represión se materializa en forma de distintos tipos de legislaciones: primero de tipo económico para implementar el marco del capitalismo inglés, segundo para agravar la penalización sobre los delitos contra la propiedad, tercero para impedir la autoorganización obrera y, finalmente, cuarto para desbaratar los planes de las movilizaciones políticas democráticas.

Las leyes inglesas del primer y segundo tipo son en su mayor parte anteriores al periodo en el que se enmarca *La formación*, algo que no es óbice para que Thompson haga constantes referencias a ellas. El análisis de la novedad legal que consiste en convertir en pena capital numerosos delitos contra la propiedad que antes no lo eran, y de cómo mediante estas normas se construye a lo largo del siglo XVIII un orden jurídico adaptado al capitalismo naciente, no se queda en este libro del historiador británico. Quien fuera su principal discípulo, Peter Linebaugh, dedicó a este proceso histórico una excelente obra que todavía hoy sigue siendo esencial para comprender lo que sucede durante el periodo en el que se forman tanto la clase obrera como el Estado liberal inglés (Linebaugh 2003). Y aquí veríamos una clara conexión entre las leyes del tipo segundo –delitos contra la propiedad- y las del tipo tercero –trabas a la organización obrera-, puesto que los ataques a las propiedades de terratenientes e industriales fueron en aquel periodo una genial arma de negociación para campesinos y trabajadores, ante lo que un Parlamento de terratenientes e industriales respondió con una violencia extrema.

En lo que se refiere a las leyes de los tipos tercero –contra la organización de los trabajadores- y cuarto –represión del revolucionarismo democrático-, hay que indicar primeramente que a menudo se promulgaban leyes que servían tanto para un fin como para el otro. Por ejemplo, una acusación de conspiración podía ir dirigida igualmente contra asociaciones de origen laboral. Para la persecución de las huelgas existía ya un código anterior –el *Elizabethan Statute of Artificers*-, cuya aplicación durante este periodo fue bastante generalizada (Thompson 2012:549). Sin embargo, fueron las *Combination Acts* las que dotaron a patronos y autoridades de los mecanismos más contundentes y efectivos para oponerse a la acción organizada de los obreros (Thompson 2012:542). Para la represión tanto del asociacionismo laboral como, sobre todo, del democrático-revolucionario, la imaginación liberal funcionó de un modo ciertamente maquiavélico. No bastando para acabar con la movilización por la democracia las condenas de muerte a los miembros destacados de sociedades de este tipo bajo la acusación de alta traición, se contemplaron otras formas aterradoras de ejecución para este tipo de delitos. Así por ejemplo, “...la pena máxima para un traidor era ser colgado por el cuello, cortado mientras aún estuviera vivo, desentrañado –y sus entrañas quemadas ante él- y luego decapitado y descuartizado” (Thompson 2012:41). Además, llegó a establecerse también la pena capital a todos aquellos individuos que prestaran juramento con fines desleales (Thompson 2012:624), así como a quienes incumplieran las órdenes de un magistrado (Thompson 2012:170).

Estos cuatro tipos de represión hay que verlos, además, en relación a las respuestas organizativas populares. Éstas no siempre provienen de grupos declaradamente democráticos, si bien como señala el propio Thompson, la vinculación entre la tradición política radical y el incipiente movimiento obrero se irá estrechando al calor de la propia represión, como sucedió por ejemplo en el Lancashire y el Yorkshire en 1799 (Thompson 2012:542-545). De este modo, las legislaciones liberales que acaban con el modo de vida del campesino inglés –siendo el caso más conocido el de las *enclosures* o cercamientos (Thompson 2012:239)- y los avances tecnológicos que expulsan a buena parte del nuevo trabajador fabril, encuentran frecuentemente como contestación de los afectados los ataques directos contra las propiedades de los patronos. La subsiguiente respuesta liberal, dirigida a la salvaguarda de la propiedad privada, consistirá como señalábamos en convertir los ataques a las fincas cercadas y a la maquinaria industrial en delitos capitales, enviando a cientos de campesinos y obreros al patíbulo.

El esfuerzo represivo obligará permanentemente a buscar nuevas vías organizativas, lo que a su vez desembocará en nuevos tipos de represión, y así sucesivamente. A este respecto, resulta significativo el que la persecución de las *trade unions* terminara por favorecer su colaboración con los elementos provenientes de las antiguas sociedades democráticas, aunque éstas tuvieran unos orígenes sociales diferentes.

La dialéctica organización-represión como algo fundamental en la formación de una conciencia de clase y para un desarrollo determinado del movimiento obrero, sí que aparece en las lecturas habituales de la obra de Thompson, por lo que no nos detendremos demasiado aquí. Nuestro interés se ocuparía más bien de cómo este binomio influye en el desenvolvimiento de la pugna entre los proyectos liberal y democrático, si bien en realidad se trata de un proceso muy entrelazado con los dos anteriores. Por eso puede resultar llamativo el que gran parte de las lecturas posteriores de *La formación* hayan dejado de lado el problema de la revolución democrática inglesa, derrotada violentamente por el Estado liberal a la vez que se está formando la clase obrera. Son dos fenómenos paralelos y de fácil encaje, tal y como demuestra Thompson. Sin embargo, lo más habitual en la historiografía reciente ha sido obviar la lucha entre aquellos dos proyectos antagónicos, para así insertar el proceso constitutivo de la clase obrera dentro de una supuesta progresiva integración de los no propietarios por parte del liberalismo político. Complicada pirueta a la que a partir de los años ochenta del pasado siglo le vino muy bien el giro hacia la historia cultural de la política, así como la toma de algunos préstamos de la ciencia política funcionalista como el de “cultura política” (Cabrera 2010). Desde entonces fue cada vez más factible el dar una explicación integradora de la construcción del Estado liberal, con el aprendizaje del parlamentarismo liberal como eje central. En ella, el conflicto tenía un papel como mucho sólo lateral, y la colisión de los proyectos antagónicos del liberalismo y la democracia quedaba eclipsada⁴.

La revolución democrática inglesa, y significativamente su fase jacobina en la última década del siglo XVIII, no constituye, como decíamos, una parte marginal de *La formación*. Al contrario, es el punto de partida de la obra, y uno de los anclajes explicativos a lo largo de la misma. Personajes como Hardy, Thelwall o Despard son centrales, y reaparecen constantemente. La SCL, así como la Sociedad Constitucional, tienen también una presencia casi permanente.

⁴ En España Álvarez Junco llegó a hablar de larga transición entre el Antiguo Régimen y la democracia actual, proponiendo así que se rechazara el uso del vocablo revolución en la contemporaneidad española (Álvarez Junco 1985).

De hecho la intención de Thompson no es ni muchísimo menos la de valorar todas las tradiciones de lucha y de disidencia anteriores a 1800 como los movimientos que desembocan en el nuevo movimiento obrero, sino la de interpretar la formación de la clase obrera en un contexto determinado, en el cual es esencial la comprensión de todas esas luchas.

De todas formas, si hay algo en lo que coinciden inequívocamente todas las luchas populares que aborda Thompson: la jacobina, la de las Iglesias disidentes, las de las organizaciones de oficios, etc., es el enemigo común: la “Bestia” devastadora que, para la mayor parte de la población inglesa, constituye el capitalismo amparado por el Estado. Organización y represión están tan directamente relacionadas porque las esperanzas de los unos son siempre los temores de los otros. Esto formaba parte del imaginario de los propios coetáneos, tal como reflejan los testimonios, antagónicos pero convergentes, del jacobino Thelwall en 1796 y de un viajero aristócrata en 1792, respectivamente:

“el monopolio y la terrible acumulación de capital en pocas manos (...) lleva consigo, en su propia atrocidad, las semillas del remedio (...) Cualquier cosa que agrupe a los hombres (...) aunque pueda dar lugar a vicios, favorece la difusión del conocimiento y, a la larga, promueve la libertad humana. Por lo tanto, todo gran taller e industria es una especie de sociedad política que ninguna ley del Parlamento puede acallar y ningún magistrado puede disolver” (Thompson 2012:212)

“Ahora, hay aquí una fábrica grande y ostentosa... Con el tañido de la campana y el griterío de la fábrica, todo el valle está trastornado; la traición y los sistemas igualitarios son los temas de conversación, y la rebelión puede estar próxima.” (Thompson 2012:215)

Un mismo hecho, la concentración de trabajadores en una fábrica, y sobre todo las posibilidades de relación y conversación entre personas iguales que ella implica, tiene dos lecturas antagónicas, pero que en el fondo están diciendo lo mismo: uno lo llama “el remedio” y otro “la traición”; para uno llevará a “la libertad humana” y para otro a “los sistemas igualitarios”. Ambos textos son de la década de 1790, por lo que ambos hablan de la misma cosa: la revolución democrática. La esperanza de unos y el miedo de otros.

3. CONTRA LAS NARRATIVAS DE LA BESTIA

*“In every cry of every man,
In every infant’s cry of fear,
In every voice, in every ban,
The mind-forged manacles I hear”*
William Blake (Blake 2002:71)

William Blake imaginó el capitalismo como un coloso con la capacidad suficiente como para reorganizar enteramente la vida social. Su fuerza se extendería allende los mares y su disciplina doblegaría las mentes. Su capacidad para producir, tanto mercancías como experiencias, pronto se pensaría como infinita. Sus fábricas monstruosas arrancarían todo de cuajo y como un Saturno enloquecido devoraría a los hijos del campo y de la ciudad. Y la Iglesia y el Estado serían sus Behemoth y Leviatán (Thompson 1993:193). Sin embargo, la resistencia no sería menor al tamaño de la amenaza. Pues por esa misma condición de totalidad, por pequeña o personal que fuese tal rechazo a la Bestia, ésta sería igualmente total e infinita. El antinomismo le prohibía la penitencia de pensar otra cosa. El árbol de la libertad no podía ser arrancado por ninguno de los dioses:

*The gods of the earth and sea
Sought through nature to find this tree,
But their search was all in vain:
There grows one in the human Brain.*
William Blake (2002: 73)

Ni los dioses del estalinismo ni los de la teoría de la modernización podían cortar ese árbol. La formación fue escrita como una intervención “militante” contra ambos determinismos (Anderson 1985:1-2). Su narrativa constituye

una polémica contra la historia económica ortodoxa, la cual fragmenta toda la evolución social y luego la une nuevamente en una serie de inevitables que encajan unos con otros, y también quiere presentar la explotación como una categoría del pensamiento y no como algo que en efecto ocurrió. Una vez has conseguido hacer esto, puedes volver a algo parecido a una teoría de la modernización en la que no se ve un proceso conflictivo, una lucha de clases dialéctica, sino simplemente una exfoliación y diferenciación en un continuo proceso de industrialización, modernización, racionalización, etc. (Thompson 1989:314)

Lo que Thompson nos demanda en esta cita, y a lo que nuestra actual crisis política nos exhorta, es preguntarnos acerca de la forma de la historia que Thompson propuso en su obra.

En *La formación*, la explotación no es solo un fenómeno económico, sino que es algo que se percibe, se articula y se resiste en las actitudes y prácticas simbólicas. Para Thompson, la cultura, como el derecho, no es un campo de interacción, de libre elección o de simple dominación (Thompson 1989: 317). Es un permanente campo de batalla (Thompson 2000:13-28).

Por esta razón, el historiador inglés se negó a desvincular la cultura del campo de fuerza articulado por la lucha de clases. Porque tal acción hubiese supuesto eliminar el conflicto dentro del ámbito de las ideas, borrar las cicatrices sociales que marcaban cada artefacto cultural y destruir el documento de barbarie de cada documento de cultura. El temido resultado sería -y fue- una visión formalista de las ideas y la política, en la que diferentes cosmovisiones se sucedían una tras otra enriqueciendo -o no, dependiendo del historiador y de su momento- progresivamente a la siguiente. Lo que no era sino la forma narrativa adecuada para entamar la teoría de la modernización.

Solo así podía sostenerse -y se sostiene- que el liberalismo era el padre de la democracia. O incluso que ésta ya estaba contenida en el código genético del liberalismo, tal y como habría demostrado la obra de John Locke, contrapuesto, muy interesadamente, a Thomas Hobbes. Sin embargo, solo mediante una figura retórica y política de este calibre podía reducirse los presentes de la historia a un único pasado de nuestros muchos presentes posibles y, con ello, reprimir textualmente toda la violencia social relativa a la destrucción de las alternativas democráticas de los Levellers, los Diggers o los Ranters. John Locke podía ser considerado el primer demócrata siempre y cuando considerásemos que el gobierno representativo de corte anglosajón salido de la dictadura de Cromwell era el más apropiado sinónimo para la democracia. Como apuntaba la teoría política de los años ochenta y noventa, la democracia liberal sustentada en el mercado no solo es el sistema que mejor responde a nuestras necesidades naturales, sino que, además, es el único modo de vida posible. Es en este contexto en el que se debe entender la repercusión de la obra de Francis Fukuyama. Aunque la estrella personal del politólogo norteamericano ya no brilla con la misma fuerza que dos décadas atrás, no puede decirse lo mismo de los límites ideológicos que representó el éxito de *El fin de la historia y el último hombre*.

Frente a este peligro, Thompson opuso la historia entendida como lucha de clases. La historia no era un peso muerto movido por las fuerzas productivas. La gente no se arrastraba detrás del compás de una máquina (Thompson 1989:317). La historia, de ser algo en sí misma, no sería un trasto movido por el motor de la lucha de clases, sino que sería el proceso mismo de esta lucha (Thompson 1981:162-189). Por tanto, la tarea más importante a la que se enfrentaba el historiador inglés consistía en recuperar esta forma de entramar el tiempo histórico. El pasado era inmodificable, pero no podía decirse lo mismo de nuestra historiografía. Y, por ende, de nuestra concepción de los varios presentes que solo con gran violencia podían ser reducidos a uno. Había que resistirse a los intentos de pacificar y abrillantar el pasado.

Si este proceso de polos magnéticos, constituido por la depredación y la resistencia, la producción y la desposesión, había perdido su carácter de totalidad ello se debía a la victoria de las fuerzas del capitalismo y a la llamada “guerra contra la totalidad” (Jameson 2009:210-214). Pues como apuntaba Blake en sus poemas, la pobreza del niño deshollinador estaba directamente relacionada con la riqueza de aquellos a quienes limpiaba la chimenea. Para Thompson, por tanto, era imprescindible evitar la atomización de los procesos sociales y su posterior neutralización política (Thompson 1981:70). Si el curso de los acontecimientos fue desfavorable para el calcetero, el tejedor y el seguidor de Joanna Southcott, esto no se debió a ninguna necesidad histórica. Lo que diferenció a unos y otros fue la correlación de fuerzas. Ningún momento del pasado estaba decidido de antemano.

A pesar de su oposición a la llamada *French Theory*, Thompson sabía que la historiografía basada en el “common sense” británico, o en el empirismo, era una historia propia del imperio y la clase dominante inglesa. Pues ésta, satisfecha con el estado de las cosas, simplemente quería ser objeto y sujeto de cuentos heroicos sobre el camino recorrido hasta su actual dominio (White 1965:244-245; Thompson 1989:308). Thompson conocía de primera mano la visión *whig* de la historia y su actualización funcionalista en la teoría de la modernización (Butterfield 1965). Para él, la historia era lo que hacían los seres humanos, ya fuesen calceteros, jornaleros o artesanos. No era aquello que determinaban las máquinas o la soberbia de la posteridad. No es casual que un filósofo como Giambattista Vico tuviese un lugar tan destacado en su pensamiento. Tampoco lo es en el caso de Blake, de quien Thompson escribió lo siguiente:

His vision had been not into the rational government of man but into the liberation of an unrealised potential, an alternative nature, within man: a nature masked by circumstance, repressed by the Moral Law, concealed by Mystery and self-defeated by the other nature of 'self-love'. (Thompson, 1993, 229).

Esta visión del ser humano puede decirse que era compartida por Thompson. De hecho, se forjó en los campos de batalla del sur de Europa entre 1942 y 1946, cuando el entusiasmo comunista que tanto él como su hermano experimentaron con los partisanos yugoslavos no había sido ahogado por el estalinismo (Thompson 1989:302-304). La Nueva Izquierda que surgió del choque entre este entusiasmo y los tanques soviéticos reafirmó el compromiso de Thompson con lo que se llamó socialismo humanista. Que, en nuestra opinión, era la forma que el antinomismo disidente de Thompson iba a adoptar para los siguientes treinta años. El utopismo y la ética de William Morris, al igual que William Blake, llenarían el “silencio” que Marx había dejado (Thompson 1989:315). Fue esto lo que le impidió aceptar su presente como otra cosa que no fuese un campo de batalla en el que el futuro estaba en disputa. La fe de Thompson en el potencial no realizado del ser humano fue tan grande que nunca se permitió abandonarse al desencanto, como, por el contrario, sí hicieron los benevolentes racionalistas de la década de 1790 o del decenio de 1880 (Thompson 1993:228).

Quizá por su deseo de rescatar la experiencia de la gente común, su capacidad de resistencia y de producir alternativas, Thompson se negó a romper y desmenuzar la experiencia, tal y como cierto marxismo británico, influido por Louis Althusser, demandaba (Jay 2005:199-211). Frente a esa exigencia, Thompson se volcó en la destrucción de la narrativa económica ortodoxa y la trama estalinista. Y se lanzó a la configuración de una genealogía alternativa, en la que todo derecho, liberal o no, se concebía como el resultado de las luchas radical-plebeyas del pasado, y no como una concesión del Poder o el efecto de un cierto “individualismo posesivo” (MacPherson 2005).

Pero fueron estos dos aspectos capitales, la afirmación de la autonomía subjetiva y el deseo de una genealogía alternativa, los que llevaron a la lectura de *La formación* a una fuerte perturbación teórica. A este respecto, es sintomática la lectura de Hayden White. Según el historiador norteamericano, *La formación* es una suerte de *Bildungsroman* en cuatro etapas que abarca desde las múltiples resistencias plebeyas, más o menos desorganizadas, hasta la constitución de un sujeto fuerte e imponente (White 1978:15-19).

Como apunta el mismo Thompson en el “Prefacio”, el protagonista no son las clases, que pueden ser muchas y atomizadas, sino la clase obrera (Thompson 2012:27). Ahora bien. Este sujeto no tenía porqué tener los rasgos de un Golem. Al contrario. Permanentemente en movimiento, esta clase se construye, se piensa y se imagina en relación antagónica con otra. Si se ponía el énfasis en una sola clase obrera, se hacía para resaltar la interdependencia y el antagonismo insoslayable que implicaba la lucha de clases⁵. De ninguna otra manera puede entenderse este proceso que, pensaba Thompson, no se detenía nunca. Interpretarlo de otro modo significaría desactivarlo políticamente y abandonarlo a cuestionables teorías de la modernización (Thompson 2012:28-29). La exitosa obra de W. W. Rostow, por entonces asesor económico del presidente Kennedy, es el ejemplo más clarividente de cuál era el enemigo que Thompson tenía en mente (Rostow 1993).

En general, los problemas narrativos de la *La formación* han sido tratados en múltiples ocasiones. Desde la óptica exclusivamente masculina del sujeto protagonista de la obra, hasta la supuesta teleología de su constitución⁶. Respecto al acto de clausura del libro, momento de significación narrativa por excelencia, la lectura ha sido tan variada como crítica (Jones 1989:86-174). Cerrar la historia en 1832 seguramente no fue un paso muy acertado para consolidar la intención de combate de la obra, toda vez que el proyecto estaba pensado para llegar hasta 1945 (Thompson 1989:307). Tampoco el título ayudó a sacudir un campo de recepción dispuesto sólo a leer una epopeya en la clásica tradición marxista. El problema, por tanto, no solo vino de las ambigüedades inherentes a la trama de *La formación* sino, principalmente, del marco de lectura que tanto la izquierda como la derecha estaban dispuestas a establecer. Y es que los grandes relatos, que en 1945 sufrieron un golpe considerable, aun no habían recibido el casi definitivo rejonazo que estaban a punto de encajar (Carreras 2000:344-345).

⁵ Arrancar este antagonismo y sustituirlo por una simple diferencia no contradictoria ha sido la principal labor teórica de autores posmarxistas como Ernesto Laclau y Chantal Mouffe (1987). La consecuencia de esta empresa es que el campo magnético generado por la lucha de clases -la historia- se diluye en una simultaneidad contingente de dudoso valor historiográfico.

⁶ El libro conjunto de Geoff Eley y Keith Nield (2010) puede verse como una exhaustiva revisión desde el presente de todo el debate que generó la obra de Thompson y sus afirmaciones sobre la clase y la lucha de clases.

Así pues, el problema residía en el aparato narrativo encontrado en *La formación*. Como en toda *Bildungsroman*, después del clímax viene la desesperación, como en las novelas de Stendhal, el desaliento o el “*ennui*”, como en las de Flaubert, o la destrucción y la ansiedad, como en las de Thomas Mann (Jameson 1988:7). Ciertamente, todos son casos de artefactos culturales burgueses, por así decirlo. Y posiblemente no deberían afectar a la obra de Thompson. Sin embargo, es difícil escapar a las servidumbres que impone el origen de clase de un aparato de significación como es la novela burguesa de aprendizaje. Efectivamente, todo aparato tiene un insospechado contenido de la forma ideológico que determina el número y el tipo de significados que podemos leer en la novela (White 2010:273-292; Eagleton 1976:62 y 88). Tal contenido es duro e insoslayable, no solo por su origen de clase, sino porque es la simbolización y el resultado de luchas sociales inscritas en él. La *Bildungsroman* cuenta la historia de la burguesía decimonónica en la época en la que tal sujeto se pensaba como la medida de todas las cosas y de todos los seres humanos. La represión y la exclusión de esta narrativa universal son tan inevitables como intratables. En pocas palabras, no se puede narrar -o leer- este tipo de historias inocentemente.

Por otra parte, es sabido que un libro no acaba en sí mismo ni en la mente del autor. Y es cosa también conocida que, cuando un lector se enfrenta a un texto, o bien lo corrige pensando en cuál podría ser la intención del autor, o bien lo acepta como algo acabado, cuyo rostro no puede sino contemplar. En ambos casos, es el marco ideológico en el que el lector se inserta el que da sentido a esa obra y la convierte en algo familiar, sin aristas y poco amenazante (Macherey 2006:16-21). Y este cuadro, como las mismas condiciones de posibilidad de la redacción del libro, no eran muy favorables para lo que Thompson proponía. Sin duda alguna, tanto Brecht como Benjamin le hubiesen recomendado otro tipo de trama -o anti-trama- para su historia. Otra cosa es que tal narrativa -alegórica en Benjamin- hubiese resultado comprensible. Después de *La formación*, parecía difícil continuar escribiendo sobre el siglo XIX. La clausura narrativa había sido demasiado problemática como para ignorarla. Si el sujeto debía responder a lo que el historiador inglés le pedía, esto es, autonomía subjetiva y un cierto aire de heroicidad, parecía evidente que la historia posterior a *su* 1832, de acuerdo con la recepción de la trama narrativa de *La formación*, había dejado la tierra quemada. Las obras de Joan Scott, William Sewell y Gareth Stedman Jones pueden ser consideradas una buena muestra de estos problemas (Eley y Neld 2010:111-166).

Los finales de las novelas de aprendizaje acostumbran a ser dramáticos. Y en este caso no estamos ante una excepción. 1832 troqueló un sentido en el cuerpo de *La formación* que no vulneraba una lectura revolucionaria en lo que al contenido se refiere, pero sí lo hacía respecto a la lectura de su forma. Podía ser, y de hecho fue, un libro *demasiado familiar* para la izquierda. El mismo Thompson, en un “Post Scriptum” redactado cinco años más tarde, reconocía la “crítica” pero “pródiga” recepción que le había dado la “prensa académica”. Tal recepción se basaba, según su criterio, en tres críticas: el trato dado al metodismo; el trato dado a ciertos episodios en los años 1811-19, y “cuestiones generales de método, especialmente en relación con el análisis de las clases sociales” (Thompson 2012:888). Nada que implicase una ruptura profunda de las lentes formales con las que se veía la historia. Más allá de la academia especializada, la lectura resultante podía muy bien ir en la dirección contraria a la propuesta por Thompson. Así las cosas, el ascenso de la clase obrera podría decirse que había sido aceptado y frenado gracias a una reforma parcial del sistema. Y que, como parecía pensar Michael Mann, bastaba demostrar esto para refutar la obra *thompsoniana* (Mann 1997:663-709). Siguiendo con el proceso, la clase obrera debía enseñar músculo -electoral- y el liberalismo, magnánimo o atemorizado tras unos momentos de duda, abriría la mano. Se nadaba claramente “a favor de la corriente” (Benjamin 1989:184). En esta lectura, el antinomismo de Blake había sido borrado del libro. Llegado a este punto, se precisaba volver a los orígenes de esta historia para reafirmar el punto de vista.

4. GUARDANDO LA LLAMA DENTRO DE LA BALLENA. LECTURAS INTEMPESTIVAS, LECTURAS DISCIPLINADAS

Frente a las metanarrativas de entonces, Thompson buscó en las luchas populares del siglo XVIII lo que parecían querer hurtarle en el XIX. Este siglo tenía la virtud, por un lado, de ser objeto de una idealización suficientemente burda como para que este polemista se sintiese a gusto destruyendo mitos y, por otro, de ser el siglo en el cual el liberalismo inglés construyó su sistema jurídico y allanó definitivamente el camino al capitalismo industrial. Este siglo era la joya de la corona del mito liberal del progreso (Coates, White y Schapiro 1966). Las luchas democrático-plebeyas del siglo XVIII, la economía moral de la multitud y los derechos de los comunes constituían, sin duda alguna, un sujeto más difuminado que el cartismo del final de *La formación*, pero también, quizá, un protagonista más universal y menos asimilable a la gran narrativa marxista. En esta ocasión, no podía haber equívocos en la lectura.

No solo estas piezas no tenían la potencia de la clausura narrativa de *La formación*, sino que además los tiempos habían cambiado. Efectivamente, los límites particulares del universalismo del socialismo industrial se pusieron de manifiesto durante la gestación de la Nueva Izquierda, de la que Thompson fue miembro fundador, y, dramáticamente, en los años posteriores a 1968. Las lecturas habrían de ser considerablemente distintas.

Sin embargo, del mismo modo que se tendió a leer *La formación* como el irrefrenable, o accidentado, ascenso de la clase obrera inglesa, ahora otros leían las historias de la economía moral de la multitud como episodios aislados en los que el proceso histórico total, el antagonismo de clase, y el utopismo tendían a desaparecer. La represión textual de estas historias no esconde mucho misterio. Ya no se trataba de un conflicto de clases que afectaba al modo de producción como de pequeñas resistencias dentro del sistema imperante. O, en el peor de los casos, como una serie de movimientos culturales de regulación interna cuyas cosmovisiones merecían una descripción densa. El énfasis de Thompson en la autonomía del sujeto, por un lado, y su rechazo de la gran narrativa por otro, había abierto el camino a una historia cultural particularmente formalista y atomizada (Eley 2008:100-101). Es decir, su limitada concepción del modo de producción le había permitido presuponer en sus sujetos una capacidad de acción muy acorde con lo que los años sesenta le pedían. Pero, al mismo tiempo, la ausencia de Hegel en su pensamiento histórico le llevó a una limitación de las posibilidades que el concepto modo de producción contenía. Así las cosas, la ruptura de la soberbia de la posteridad liberal y de la gran narrativa marxista había acabado por destruir el propio proceso de la lucha de clases. Thompson había proporcionado la ocasión para separar la cultura de la economía. Su lectura, procesada por los estudios culturales, iba a caer del lado de la misma teoría de la modernización que él había combatido. Una vez más, Blake abandonaba la escena.

Ciertamente, los que expulsaron a Blake y a Morris de *La formación* pudieron hacer lo mismo con la obra posterior de Thompson. En los años ochenta, cuando la alternativa a la democracia liberal de mercado se asimiló con el hormigón soviético y el paternalismo keynesiano, Thompson estaba en otro tipo de tareas más urgentes. De 1978 a 1991, se dedicó en cuerpo y alma a defender los derechos civiles y el desarme nuclear. Es en esta década en la que, según Hobsbawm, Thompson se convierte en el historiador más citado del mundo (Thompson 2012:21). Y es éste, precisamente, el momento en el que Thompson se ausenta de la escena académica y se mantiene alejado de los debates historiográficos.

Las guerras culturales en el ámbito anglosajón fueron tan fuertes como la ofensiva neoliberal contra la nueva y la vieja izquierda. Thatcher y Reagan debían enterrar no solo los restos del desafío de los años sesenta, sino también a los sindicatos y a toda alternativa al mercado. El capitalismo estaba en una crisis de beneficios y en pleno proceso de transformación. Y precisaba de los Estados para desbrozar el camino. En este contexto, los logros en el ámbito de las identidades tenían tanto de conformidad como de victoria (Eagleton 2004:59). La imaginación de una alternativa sistémica se aprestaba a desaparecer. El liberalismo, definitivamente, había trocado en democracia. Un nuevo 1832, si cabe más amargo aun que el anterior, puso sus bridas a los tigres de la ira de Blake. Era el momento de Fukuyama y el nuevo orden mundial proclamado por George Bush, Sr. Un ausente E. P. Thompson, tras ser tan criticado por sus omisiones identitarias como alabado por sus afirmaciones culturalistas, había pasado finalmente al panteón de los clásicos de la academia. El reinado del neoliberalismo, tanto en los años ochenta como en los noventa, hizo mucho por destruir su capacidad de tutelaje sobre las siguientes generaciones. O en su defecto nos legó, como si de un Nuevo Laborismo se tratase, una versión edulcorada y anecdótica del terrible desafío que supusieron sus libros. La disciplina lectora de este período no dejó intacta la recepción de sus ideas. La represión textual de algunos de los grandes logros de Thompson se había consumado. Su obra, y el momento que la vio emerger, parecían haber pasado a mejor vida.

Sin embargo, las raíces antinomistas del pensamiento de Thompson le prohibieron caer en el desaliento. Para todos aquellos que se escandalizaron con *Costumbres en común*, Thompson debía ser bien combatido, bien perdonado como un anciano cuyo marxismo se consideraba una excentricidad que los años ochenta deberían haber purgado. Pero para el historiador inglés pocas cosas habían cambiado a mejor. La historia seguía siendo conflicto, depredación y resistencia. Solo que la victoria, incluso allí donde antes la había esperado, era más incierta que antes (Thompson, 2012, 31). El momento de mantener la llama en su refugio había llegado:

When he drew apart from the deists and when the revolutionary fires burned low in the early 1800s, Blake had his own way of 'keeping the divine vision in time of trouble'. This way had been prepared long before by the Ranters and the Diggers in their defeat, who had retired from activist strife to Gerrard Winstanley's 'kingdom within, which moth and rust does not corrupt' (Thompson, 1993: 229).

A pesar del tono, la visión de Thompson, como la de Blake, era tan fuerte que excluía la tentación de la apostasía. (Thompson 1993:229). Thompson siguió pensando en los tejedores y *ludditas*, cuya resistencia utópica frente a la destrucción de la Bestia constituía la totalidad de la historia. Es este gesto antinomista al final de su vida el que clausura nuestro artículo y propone a *La formación* como un libro escandaloso para la historiografía de los últimos veinte años. Y son esas mismas palabras las que proponemos como el primer paso para la relectura de su obra.

El Consenso de Washington no destruyó las semillas que *La formación* había lanzado. Sin duda alguna, *La formación histórica de la clase obrera en Inglaterra* se inscribe ahora en un horizonte imprevisible. Su visión de un pasado alternativo, de una historia completamente diferente, nos mira con la misma fiereza con la que el Tigre de Blake observaba a sus coetáneos. Poco más podemos añadir en este artículo sobre una obra que aún hoy se resiste tenazmente a la Ley Moral y a las bondades de la modernización historiográfica. Su obra tuvo límites insospechados y su pensamiento padeció algunas contradicciones irresolubles. La crítica que le dirigió a Hegel fue poco generosa (Thompson 1981:177). La demolición de Althusser, excesiva. Su conversación con Benjamin se quedó corta. Sin embargo, cada uno de sus libros no ha dejado de agitarse poderoso y libre. Edward Palmer Thompson combatió sin descanso la idea de una historia mecánica y de cadencia homogénea. Escribió fervorosamente sobre la genealogía de su alternativa democrática. Como apuntó Hobsbawm, creó libros cualitativamente distintos a las de cualquier otro historiador. Blake le sirvió de fuente inagotable. Y nunca, en ningún momento de su vida, mostró la menor complicidad con el reino de la Bestia (Thompson 1993:229).

BIBLIOGRAFÍA

- ÁLVAREZ JUNCO, J. 1985, "A vueltas con la Revolución Burguesa", Zona abierta, Nº 36-37: 81-106
- ANDERSON, P. 1985, Teoría, política e historia. Un debate con E. P. Thompson, Madrid: Siglo XXI.
- BENJAMIN, W. 1989, Discursos interrumpidos I, Madrid: Taurus.
- BLAKE, W. 2002, Collected Poems, London: Routledge.
- BUTTERFIELD, H. 1965, The Whig Interpretation of History, Norton.

- CABRERA, M. A. 2010, "La investigación histórica y el concepto de cultura política", pp. 19-85, en Manuel Pérez Ledesma y María Sierra, *Culturas políticas: teoría e historia*, Zaragoza: IFC.
- CARRERAS, J. J. 2000, *Razón de historia. Estudios de historiografía*, Madrid y Zaragoza: Marcial Pons y Prensas Universitarias de Zaragoza.
- COATES W.; H. H. WHITE, y J. S. SCHAPIRO, 1966. *The emergence of Liberal Humanism: an intellectual history of Western Europe. Volume I: from the Italian Renaissance to the French Revolution*, New York: McGraw-Hill.
- EAGLETON, T. 1976. *Criticism and Ideology*, London: Verso.
- EAGLETON, T. 2004. *Después de la teoría*, Barcelona: Debate.
- EAGLETON, T. 1998. *Walter Benjamin o hacia una crítica revolucionaria*, Madrid: Cátedra.
- ELEY, G., 2008. *Una línea torcida. De la historia cultural a la historia de la sociedad*, Valencia: PUV.
- ELEY, G. y K. NIELD, 2010. *El futuro de la clase en la historia*, Valencia: PUV.
- FONTANA, J., 2001. *La historia de los hombres*, Barcelona: Crítica.
- FUKUYAMA, F. 1992. *El fin de la historia y el último hombre*, Barcelona: Planeta.
- GOLDMANN, L. 1971. *Immanuel Kant*, London: New Left Books.
- HARDT, M. y A. NEGRI, 2002, *Imperio*, Barcelona, Paidós.
- JAMESON, F. 1991. *El postmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*, Barcelona: Paidós.
- JAMESON, F. 2000. *Las semillas del tiempo*, Madrid: Trotta.
- JAMESON, F. 1998. *The Cultural Turn: Selected Writings on the Postmodern 1983-1998*, London – New York: Verso.
- JAMESON, F. 1988. *The Ideologies of Theory. Essays 1971-1986. Volume 2: Syntax of History*, London: Routledge.
- JAMESON, F. 2009. *Valences of the Dialectic*, Londres: Verso.
- JAY, M. 2005. *Songs of Experience, Modern American and European Variations on a Universal Theme*, Berkeley: University of California Press.

- JONES, G. S. 1989. *Lenguajes de clase: estudios sobre la historia de la clase obrera inglesa (1832-1982)*, México: Siglo XXI.
- KAYE, H J. y K MCCLELLAND, 1990. *E. P. Thompson. Critical perspectives*, Cambridge: Polity Press.
- LACLAU, E. y C. MOUFFE, 1987. *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Madrid: Siglo XXI.
- LINEBAUGH, P. 2005. *La hidra de la revolución: marineros, esclavos y campesinos en la historia oculta del Atlántico*, Barcelona: Crítica.
- LINEBAUGH, P. 2003. *The London Hanged. Crime and Civil Society in the Eighteenth Century*, London – New York: Verso.
- MACPHERSON, C. B. 2005. *La teoría política del individualismo posesivo: de Hobbes a Locke*, Madrid: Trotta.
- MACHEREY, P. 2006. *A Theory of Literary Production*, London: Routledge.
- MANN, M. 1997. *Las fuentes del poder social II. El desarrollo de las clases y los estados nacionales, 1760-1914*, Madrid: Alianza.
- PALMER, B. D. 2004. *E. P. Thompson. Objeciones y oposiciones*, Valencia: PUV.
- RODRÍGUEZ GARCÍA, J. L. 2006. *Crítica de la razón postmoderna*, Madrid: Biblioteca Nueva.
- RODRÍGUEZ GARCÍA, J. L. 1997. *La palabra y la espada: genealogía de las revoluciones*, Madrid: Talasa.
- ROSTOW, W. W. 1993. *Las etapas del crecimiento económico: un manifiesto no comunista*, Madrid: Centro de Publicaciones, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.
- RUIZ JIMÉNEZ, J. A. 2009. *Contra el reino de la Bestia. E. P. Thompson, la conciencia crítica de la Guerra Fría*, Granada: Universidad de Granada.
- THOMPSON, E. P. 2000. *Costumbres en común*, Barcelona: Crítica.
- THOMPSON, E. P. 1989. *Tradición, revuelta y conciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*, Barcelona: Crítica.
- THOMPSON, E. P. 2012. *La Formación de la clase obrera en Inglaterra*, Madrid: Capitán Swing.
- THOMPSON, E. P. 1981. *Miseria de la teoría*, Barcelona: Crítica.

- THOMPSON, E. P. 1993. *Witness against the Beast. William Blake and the Moral Law*, Cambridge: Cambridge Polity Press.
- WHITE, H. 1970. "Literary History: The Point of It All", en *New Literary History*, Vol. 2, No. 1: 173-185
- WHITE, H. 1965. "The Later Philosophy of R. G. Collingwood de Alan Donagan", *History and Theory*, Vol. 4, No. 2: 244-252.
- WHITE, H. 2010. *The Fiction of Narrative. Essays on History, Literature and Theory, 1957-2007*, Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- WHITE, H. 1978. *Tropics of Discourse: Essays in Cultural Criticism*, Baltimore: The Johns Hopkins University Press.
- WINSTANLEY, G. 1983. 'The Law of Freedom' and Other Writings, Christopher Hill (ed), Cambridge: Cambridge University Press.

Recibido: 10 de junio de 2013

Aceptado: 25 de julio de 2013

Miguel Ángel Sanz Loroño está preparando su tesis doctoral en la Universidad de Zaragoza. Ha sido becario FPU. Su investigación gira en torno al postmodernismo y las recientes corrientes del pensamiento histórico, en particular Hayden White y Fredric Jameson. En 2010 y 2011 desarrolló sendas estancias de investigación en Groningen (Holanda) y Berkeley (EEUU).

Francisco Coma Vives se encuentra realizando su tesis doctoral en la Universidad de Zaragoza a través de una beca FPU. Su investigación es sobre elecciones y liberalismo político en la España contemporánea. En 2013 ha desarrollado una estancia de investigación en Sciences Po Paris (Francia).